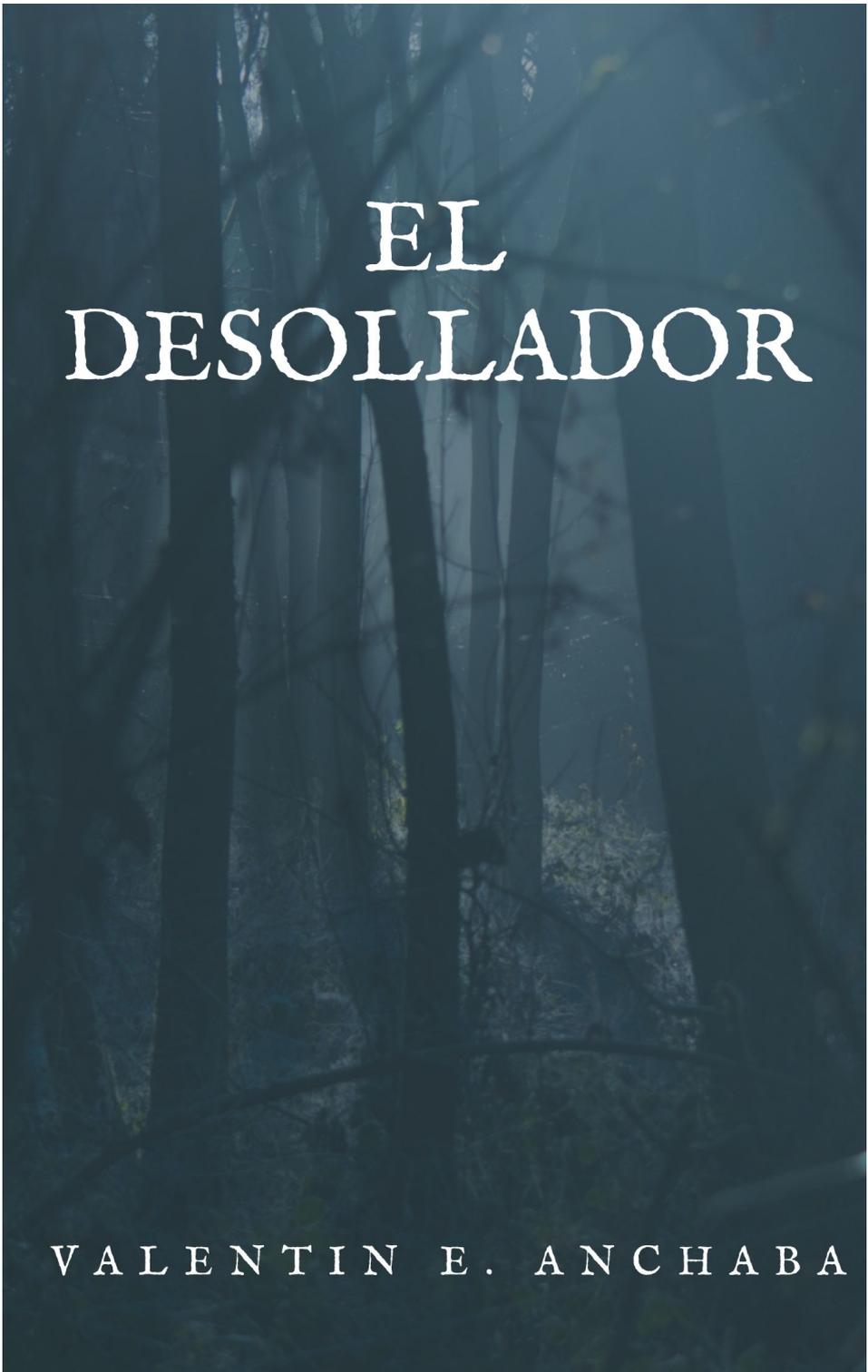


El Desollador □□

Valentín E. Anchaba □□



EL
DESOLLADOR

VALENTIN E. ANCHABA

Capítulo 1

Debido a los recientes incidentes ocurridos me he visto obligado a esconderme. Incluso he de ocultar mi identidad en algunos lugares. La prensa está loca. Haría lo que fuera por sacarme un pedazo de mí. Pero aquello que buscan se quedará en mi memoria, y en este pedazo de papel. Estoy tan lejos de casa que, además de lo vivido, ya no sé quién soy. Espero que esto sirva. Solo espero que haya una puta alma misericordiosa que no utilice la verdad para sus propios fines egoístas. Estamos hablando de vidas perdidas.

Soy Roman Hill Underwood, solía ser un oficial de la Policía local de Mississippi. Hace meses, antes de toda la locura, luego del Asesino del Zodíaco, se oían extraños rumores sobre un loco que despellejaba a sus víctimas y las arrojaba al río Mississippi. No tenía objetivos concretos, de momento, y la policía hacía lo imposible para que el curso de la investigación se mermase. Esta última fue asignada a mí. No sabría porque en concreto. Tal vez el gran jefe tenía que apuntar el dedo hacia algún lugar y yo fui el primero quien se cruzó sobre su vista. Aún recuerdo las palabras que el sub-inspector Al Clark me dijo antes de mi partida: "Tú solo regresa con algo de información y ya, alguien tiene que cubrir esas portadas". Si bien lo decía para salvar su viejo y arrugado culo, yo sabía que detrás de ese egoísmo pedante había miedo. Las familias de las víctimas, que por aquel entonces se encontraban entre cuatro cuerpos encontrados y dos aún en búsqueda, habían hecho tanto ruido que todo el país estaban con ellas. Del supuesto séptimo se enteraría todo el país.

Era temprano cuando enfilé hacia la comisaría. Tenía el café en una mano, ya que estaba haciendo de los fríos más insoportables de la tempranísima década de los ochenta. Recuerdo que en mi Buick Skylark sonaba Billy Paul cuando Jonah llegó con el diario recién comprado. Cuando me lo tiró emocionado casi tiró el café sobre el asiento. Luego de maldecirlo abrí sus páginas. Él miraba desde el asiento de conductor tan expectante como un niño al abrir sus regalos de navidad. El Times estaba caliente y fresco, pero la primera plana era para helarte la sangre: "El Desollador de Mississippi anuncia a su última víctima". El presunto asesino siempre contactaba con la prensa si sus víctimas no eran encontradas luego de algunos días. Al tipo le gustaba que lo siguiéramos de cerca. Pero esta vez cambió su *modus operandi*. En el cuerpo de la noticia se imprimió la carta que envió:

"Queridos e incompetentes oficiales del departamento de seguridad estadounidense ¿Cómo se encuentran? Yo he estado jugando, como ya saben, y tengo preparadas algunas cosillas para ustedes. Sin embargo, siento que no me están siguiendo el juego y eso me molesta ¿Acaso no les importan las vidas de los inocentes? No les culpo, yo no siento demasiada empatía por ellos. En el caso de que decidan levantar sus patéticos culos,

puedo decirles donde comenzar a buscar. Sigamos el río Mississippi hasta el final de sus corrientes y se encontrarán con los bosques del condado DeSoto. Si no se apresuran, los lobos se comerán a nuestra pequeña amiguita. El ser humano trató de exterminar a estas criaturas, pero les sorprendería lo resiliente que es la naturaleza. Agradezco a la prensa por hacer de este espectáculo posible “

Mira cara de frustración debió de notarse, porque Jonah no canto ni pío en cuanto le devolví el diario. A los pocos días fui asignado para la investigación y Jonah estaba como loco. El chico y yo éramos inseparables, por lo que al oír aquella decisión me insistió en resistirme. Le recordé que no me había unido a la fuerza para echarme atrás, el tampoco. No logré convencerlo demasiado, solo lo suficiente como para que callase la boca. Ni siquiera me saludó cuando partí.

Por suerte no estaba dejando mucho atrás. No tenía ni esposa ni hijos, solo una carrera de detective que pienso mantener y un pisito bastante decente en la ciudad de Jackson. Debo de admitir que cruzar todo el estado para jugar con este loco me ponía los pelos de punta y el ánimo por el suelo. También resultaba extraño y emocionante. El Desollador había dado un paso importante. Solo me hubiese gustado que la historia acabase bien.

Luego de un día de viaje entre al estado de DeSoto. Desde el departamento me habían dado instrucciones precisas sobre un parque nacional por completo desconocido para la mayoría del estado. Se trataba de una región boscosa de alta densidad bajo la protección del Servicio de Pesca y Vida Silvestre de EE.UU. Aún recuerdo mi llegada a las cabañas que lindaban su vasto territorio. Fui recibido por un hombre de aspecto extraño, el guardabosque local.

Al bajar de mi Buick la inminente tormenta comenzaba a caer a medida que atardecía. El viejo hombre me saludó desde lejos y me indicó que me refugiara sobre su porche. Una vez a salvo nos estrechamos las manos.

- Will, Will Abraham – dijo con rostro adusto – Usted debe ser el detective que enviaron desde Jackson.

- Roman Underwood – respondí.

Pero no le pareció bien mi llegada. Recuerdo que no me soltaba la mano por más de que tirase.

- No me agradan los federales ¿sabe? – me dijo su voz ronca – Si no fuese porque hay una niña en juego te habría disparado en cuanto entraste a este terreno. Luego te enterraba bosque abajo y hago desaparecer tu

mariconada de coche.

Luego de esto me soltó la mano y se metió dentro de su oficina. Miré mi mano blanca y dolorida, luego mi Buick y su vieja camioneta Ford roja totalmente oxidada a un lado del camino. En cuanto a sus amenazas, me parecían ciertas. Su Winchester modelo 70 descansaba a un lado de la puerta. Algo me decía que estaba cargado. El hombre se sentó detrás de su escritorio y levantó sus botas llenas de barro sobre el mismo. Se puso a mascar tabaco y me miraba de reojo.

- Señor Abraham ... – comencé a decir.

- Llámeme Will – interrumpió.

- De acuerdo, Will, esto es lo que sucederá. A mí no me interesa estar aquí, a ti no te interesa recibirme. Bien por ambos. Pero tenemos trabajo que hacer y sus opiniones respecto a mi persona o mi trabajo se las mete donde les quepa ¿Me explico?

El hombre me estudió por unos momentos. Se mesaba su barba entrecana dentro de su canadiense, muy desgastada. Fueron instantes eternos.

- ¿Tú qué opinas? – me preguntó.

- No entiendo ...

- Sobre todo este embrollo. La niña desaparecida, el asesino ¿Por qué aquí?

- Sinceramente, estoy perdido – suspiré – Solo sé que tenemos una niña despellejada bosque adentro y es mi trabajo encontrarla, eso sí es verdad lo que dijo.

- Este hombre no miente. Estos psicópatas aman tener toda la atención, matarían por ella. Ya lo ha hecho antes.

Su mirada se perdió en el ventanal salpicado por la lluvia. Acto seguido abrió un cajón y me arrojó unas llaves. Tenían una cabecilla de lobo como llavero.

- Su cabaña se encuentra al final de la calle, doscientos metros más allá – dijo y escupió su tabaco en el cesto.

Yo me había dado media vuelta cuando se me ocurrió preguntarle sobre algo que me traía muy inquieto.

- ¿Hay lobos allá?

No le gustó la pregunta.

- Te sorprendería – respondió con una sonrisa.

No sé si lo ocurrido durante aquella noche lluviosa respondía a mi pregunta. Soy inquieto para dormir, siempre lo he sido. A veces creo que soy un niño con TDAH. Pero al despertarme en medio de mi sueño no se me ocurrió mejor idea que mirar por la ventana. Solo se veía la basta oscuridad, incluso el cielo ocultaba sus estrellas. Con mis ojos adormilados presencié como un rayo daba luz a una figura que se escondía entre los árboles. Eran ojos, pálidos y fríos, que miraban hacia mí. Fue solo un milisegundo. Cuando la luz se extinguió no diría que estaba cagado de miedo, pero la paranoia comenzó allí. Tuve que poner la pistola bajo mi almohada para poder seguir durmiendo.

Will no había experimentado lo mismo. Cuando nos encontramos aquella mañana se encontraba tan fresco como una lechuga. Yo llegaba a su cabaña cuando lo vi saliendo en calzoncillos y estirándose con la humedad y frío matinal. Parado a un lado, con las manos dentro de mi chaqueta, observé como se desperezaba. Luego se giró y me dirigió una risotada que se escucharía desde Alaska. Al cabo de unos minutos regresó, ya vestido y con su Winchester sobre el hombro. Nos metimos en su Ford y emprendimos marcha.

- Bien, detective ¿Dónde? – me preguntó ya en el camino.

- ¿Hasta dónde sigue el camino?

- Hasta que nos topamos con el río Mississippi.

Saqué la pequeña libreta que traje conmigo y observé mis apuntes. La camioneta se tambaleaba sin esfuerzo entre el barro, el motor rugía monótono en el silencio que se extendía entre los pinos. El Desollador nos había dado coordenadas precisas, pero para ellos debíamos internarnos un largo trecho dentro del bosque.

- Dudo que haya llegado muy profundo – decía Will.

- ¿Porqué?

- Lo habríamos encontrado.

¿Habríamos? Me pregunté. No lo dije en voz alta. Tal vez lo susurré, porque Will me dirigió una mirada de soslayo que me inspeccionó hasta el alma. Cuando voltee a verlo seguía con el codo apoyado en la ventanilla y con un mondadientes entre los dedos. Me sentía transparente con aquel

hombre, tenía una mirada inquisitiva y solemne que me volvía loco. Y yo que estaba acostumbrado a los hombres de la fuerza de Jackson que eran reconocidos por su brillante pedantería.

Conmigo había llevado un mapa. Lo abrí y marqué las coordenadas en un círculo. Cuando se lo mostré a Will no se veía contento.

- Oh, mierda ... - musitó.

- Parece terreno bajo – dije.

- Lo es. El tipo nos marcó una puta hondonada.

- No es seguro que esté allí lo que buscamos. Tal vez quiera jugar con nosotros un poco.

Seguimos camino en silencio y nos detuvimos a un costado del camino. Según Will, el terreno se hacía ligero para seguir a pie bosque adentro. Cuando me bajé de su camioneta casi me entierro las botas de barro. Agradecí por unos momentos el aire puro y limpio que respiraba. Tal vez Will vivía mucho mejor aquí que nosotros en la *City With Soul*.

Un detalle importante de mi relato es comentarles que para llegar a destino tendríamos que permanecer por lo menos una noche allí dentro. Esto no lo sabíamos con seguridad cuando partimos, de hecho, ni siquiera estábamos preparados para ello. No estábamos preparados para nada de lo que sucedería.

Comenzamos a caminar terreno abajo. Entre los altos pinos el sol penetraba muy poco, por lo que yo me andaba con cuidado en mis pisadas. Debo decir que disfruté de aquellos primeros minutos. Aquel lugar era un paraíso natural, algo de lo que no gozaba desde que había abandonado mi pueblo natal hace tantos años. Sin embargo, la helada que cayó aquel invierno me hacía tiritar, sin contar con el viento que se levantaba bosque adentro. Esto intranquilizó a Will por algún motivo, tanto que se dispuso a hablarme.

- Entonces, ¿por qué lo enviaron solo a usted?

- No solemos confiar en el testimonio de los criminales.

- Ya, pero este tipo ...

- Eso no importa – interrumpí – No les importa a los hombres que se sientan arriba. Podrían haber enviado una patrulla entera si quisieran, pero mientras más recursos puedan escatimar mejor para ellos.

- Vagos de mierda ... - musitó.

- Si, lo son. Por eso no me sorprende mucho su reacción inicial cuando me vio llegar.

Will sonrió. Continuamos caminando en silencio, el tamborileaba la culata de su rifle y yo posaba mi mano sobre mi nueva Beretta. Había una especie de expectación mortecina en el aire entre aquella calma. La sensación de estar avanzando hacia un destino donde la muerte nos aguardaba de piernas cruzadas y la guadaña a un costado se palpaba. A Will no parecía molestarle, ya tenía los sentidos bastante agudizados para aquella empresa. Yo, por mi parte, confieso que me temblaba el pulso con cada paso. Recuerdo la pesadumbre de mi respiración. La tensión y el suspenso me estaban jugando en contra.

Abstraído como estaba, la sorpresa que me llevé fue de muerte. Will se arrodilló de pronto y apoyó su arma al hombro. Yo permanecí quieto, alarmado. Los pájaros cantaban a lo lejos, las hojas que el otoño dejó de colchón bajo nosotros se arremolinaron con el soplar de un repentino vendaval. No comprendía que sucedía hasta que miré al frente.

En la corteza de uno de los árboles se hallaba una flecha tallada. Apuntaba hacia arriba. Nosotros la interpretamos como hacia adelante. Al alzar la mirada comprendimos su sentido literal. Un pájaro estaba clavado al árbol atravesado por una flecha. Sus plumas caían sobre las ramas. Al acercarme con el corazón encogido Will me previno de alguna trampa posible. Desde abajo observé como había utilizado un equipo profesional de caza, a juzgar por la flecha y sus colores fluorescentes.

- Eso es un sinsonte – dijo Will aún arrodillado – Es el ave estatal. Hijo de puta ...

- ¿Por qué haría esto?

- ¿Por qué mataría a un ave? Por el mismo motivo que mata a las personas.

Se levantó, subió el árbol con increíble agilidad y le arrancó la flecha al pobre animal. Cayó inerte sobre el grácil colchón otoñal. El invierno había dejado a los árboles desnudos. Las demás aves podían presenciar desde sus copas aquel espectáculo aberrante. Will dejó a la criatura bajo una mata de hojas y dejó la flecha clavada a un costado. Con un ademán me indicó que siguiéramos camino. No soltó su Winchester. Yo saqué mi pistola.

- ¿Tiene familia, Will?

Temía hacer esta pregunta. Llevábamos un tiempo caminando, nuestro objetivo apenas se había acercado a nosotros. Compartíamos ambos la dicha de la no palabra. Me atreví a romper con eso. Me recordaba a quienes no están, a esos cuerpos inertes que me ha tocado ver en la morgue. Pocas veces se encuentran espacios y momentos como aquellos, así que ... ¿Por qué no aprovecharlo?

- Eso no te incumbe.

Por supuesto me esperaba esta respuesta. Ese fanfarrón que era mi nuevo compañero de trabajo era tan seco como una pasa de uva. De pronto me vi tan interesado por su pasado que no podía sino hurgar sobre ello. El oficio de detective, ya saben. A menudo pienso que es un modo de vida. He sufrido pérdidas por ello, tantas que uno termina por acostumbrarse a que la gente arme las valijas y salga por la puerta para no volver nunca más ¿Qué más daba si era rechazado por un completo extraño?

- Yo estuve casado – comencé a decir.

- Aquí vamos ... - musitó Will.

- En algún punto del matrimonio – continué – ella decidió que le prestaba más atención al teléfono de la oficina que a ella. No podía mentirle, tenía razón. Supongo que un hombre no puede abandonar el amor a su trabajo por el calor de una mujer.

- Si renuncia al calor de una mujer eres un idiota – contestó.

Yo reí por lo bajo. El tiempo me dijo que era cierto. Pero más allá de aquella realidad se encontraba la verdadera naturaleza de mi persona, si es que existe tal cosa. Siempre he sido curioso, desde que era niño. Incluso siendo alérgico a las abejas me acercaba a los panales para verles las colas puntiagudas a aquellos insectos. He cuchicheado con la muerte desde pequeño. Para ciertos trabajos la sensibilidad puede ser una gran pérdida. Asumo que eso fue lo que vio el jefesote cuando necesitaba enviar a alguien para encontrar a una niña despellejada. Sin vergüenza.

- Dos hijos y una nieta.

La respuesta me sorprendió. Creí que no sería capaz de abrir su caja de pandora. Puede que se sintiese a salvo hablando con un completo extraño, alguien a quien no vería nunca jamás luego de aquella incursión entre los árboles. Mientras el aroma dulce del río llegaba a mis narices yo estudié a Will. Estaba cansado. Llevábamos varias horas descendiendo. El destino no estaría muy lejos.

- Espero que eso responda tu pregunta – prosiguió – porque es hasta

donde mi entendimiento llega sobre ellos.

Era otro tipo de cansancio.

- ¿Hace cuánto no los ve?

- No estoy para contar años, muchacho – dijo.

Cuando dijo esto me hizo un ademán para que me detuviera. Apoyó su Winchester y a él sobre ella. El viento soplaba hacia el norte, dirección hacia la cual íbamos. El sonido del agua lejana se mezcló con las aves e insectos, grillos y ranas. Las ramas desnudas se mecían con inquietud. Un aullido, suave y feroz, vino desde lejos. Luego otro en otra dirección. Muchos más se sumaron. Los lobos nos habían oído y se estaban congregando.

- El viento les llevó nuestro olor – dijo Will.

Sobre nosotros las nubes no se iban. El desamparo del sol teñía todo de una tristeza sublime. A mí me comenzó a picar el bicho del miedo, haciéndome cosquillas en el estómago y presionándome el pecho. Tuve que suspirar largo y tendido para volver a la realidad.

- Tranquilo, muchacho. Estamos en su territorio ahora. No podemos dar pasos en falso. Tendremos que pasar la noche aquí, están custodiando la hondonada.

Tener que dormir a la intemperie no era lo que me inquietaba, sino la posibilidad de que aquellos colmillos feroces apareciesen en la oscuridad y acabasen con mi sueño. Nos arrastramos por el terreno hacia unas rocas elevadas que proporcionaban reparo del viento y el frío. Allí reunimos leños y encendimos una fogata. Me sentaba bien el calor mientras me acomodaba en las piedras enmohecidas. Por momentos mi corazón se encogió a verlas como mi lecho de muerte. Mi Beretta, que descansaba en mi mano, se convertiría en mi epitafio. Moriría solo entre las hojas, sacrificado a los verdaderos dueños de este mundo.

Los nervios me estaban ganando. Tomé mi Beretta y comencé a jugar con ella. La desarmé por completo y me dediqué a limpiarla y pulirla. Lo hice con toda seguridad ya que teníamos el rifle de Will, pero a él no se lo veía preocupado en lo más mínimo. Estaba acostado con la capucha de su canadiense tapándole los ojos. Respiraba con lentitud. No parecía escucharme recargar mi 9mm una y otra vez.

Suspirando abandoné mi arma y me acomodé. Para quienes no hayan estado nunca en un lugar así, aunque sea de día, déjenme decirles que hay poco que comentar. Las palabras nunca alcanzarían. Solo sé que nuestras junglas de cemento nunca proporcionarían semejante calma. El

ruido de la ciudad, su velocidad y sus peligros. He vivido años viendo como nos matamos a nosotros. Si tuviese que elegir, habría sido morir a manos de los depredadores de los bosques. Aquella espesa cortina de árboles nos estaba refugiando de las implacables narices de los lobos. Una manada dispuesta a defender lo que es suyo.

Cuando entraba a las puertas oníricas, abandonando el reino de la vigilia, me pregunté cómo carajos un hombre solo podía conducir un cuerpo tan profundo sin verse asediado por las alimañas. Sin sucumbir al frío, al hambre o las garras de la muerte. Como soportaría tamaña soledad. Si no fuese por el hombre de la canadiense y su cañón mi viaje hubiese sido muy diferente. Recuerdo como mi padre me hablaba de la travesía del Dante por cada uno de los círculos del infierno y como hizo para salir. Nunca pensé que podría llegar a ser el personaje de tamaña ficción.

Terminé por dormirme. Pocas veces dormí tan bien en mi vida, para mi sorpresa. Solo puedo recordar un perfume, una fragancia suave y maravillosa. Luego un aroma pardo y húmedo me abofeteo. No podía moverme. La fogata se había extinguido. Sus brasas lanzaban algún que otro chispazo mientras el humo ascendía y se mezclaba con el temporal. Unos ojos me miraban. Varios pares me observaban. Estaba paralizado, no sé si del miedo o porque aún seguía soñando. Una sombra oscura se acercó a Will, quien seguía descansando ajeno a lo que sucedía. Aquella bestia acercó sus fauces y le olfateó. Luego me dirigió una mirada y comprendió que yo también la estaba viendo. Decidió abandonar el campamento, llevándose a los demás consigo.

¿Qué? ¿Qué cómo hice para seguir durmiendo? Esas son preguntas que nunca tendrán respuesta. Estaba cagado del miedo, tanto que no podía moverme. Aun así, cerré los ojos y me desperté en plena mañana resplandeciente. Sin embargo, los pájaros no cantaban. Tal vez fueron testigos de lo sucedido.

Will, por su parte, no mostraba un ápice de conocimiento sobre la noche anterior. Cuando se lo comenté, con el estómago vacío, no se mostró sorprendido. Solo se levantó y dijo:

- Tengo hambre, toca salir a cazar.

Me preguntaba con qué clase de animal nos alimentaríamos. Will me comentó que cuando los lobos se mueven, también lo hace la fauna de alrededor. Hacía poco que se encontró con un par de ciervos que rondaban el río. Los lobos tienen tanto radio de acción que mueven todo a su paso. Mi estómago empezó a crujir, señal suficiente para seguir caminando.

Cuando dio con la presa pasó poco más de una hora. El bosque estaba en silencio, inmóvil. La llegada de los depredadores se sentía. Yo miraba

detrás de mi hombro a cada rato porque sabía que nos estaban oliendo y rastreando. Will calibró su mira a un blanco que estaba a casi cien metros. El disparo dio en la quijada del pequeño animal. Murió al instante.

- Así es como se hace – dijo al levantarse – La muerte más rápida posible.

Llegamos hacia el animal muerto y Will sacó un cuchillo de caza. Despellejó las partes que nos comeríamos y el resto del animal lo dejó escondido y enterrado en hojas para que el olor no atrajese a nuestros queridos amigos. Encendimos una fogata y esperamos a que se ase.

Nunca había comido ciervo. Nunca creí que fuese tan delicioso. No sé si lo fue por el hambre que tenía o la carne en sí. Solo sé que comí desaforado, como un animal.

- Vamos a tener que ir con más cuidado esta vez – me dijo Will.

- ¿Por los lobos?

- Si, ya nos han visto. Ha sido un error la hoguera de anoche. No creí que estuviesen tan cerca. Mierda, hay algo que los trajo bosque adentro y los alejó del río.

- Me pregunto qué tiene que ver el Desollador con todo eso.

A Will no le pareció bien mi comentario, pero no dijo nada. Yo ya estaba imaginándome cualquier cosa con tal de encontrar un sentido a lo que sucedía. Apagó la hoguera y trajo el resto del animal donde estábamos.

- Caminaremos en dirección contraria durante un tiempo, los lobos vendrán a buscarlo. Aprovechan la carroña siempre que pueden.

Así hicimos. Nos alejamos del cuerpo y nos dirigimos hacia el este. Luego de tal vez media hora retornamos nuestro curso hacia el norte, dirigiéndonos hacia la hondonada. Yo llevaba el mapa plegado en el bolsillo y lo revisaba cada vez que no entendía los cambios en el terreno. A Will le bastaba con mirar alrededor. Parecía conocer la zona como la palma de su mano, tal vez la consideraba el patio de su casa.

- Si nos metemos bosque adentro nos acorralarán otra vez – dije.

- Lo sé, el río está cerca. Vamos.

Ya se oía la suave corriente del Mississippi cuando enfilamos hacia allá. Con suerte aquella gran corriente nos refugiaría lo suficiente como para llegar hacia el destino. Caminábamos entre los árboles con el agua en nuestra derecha. Recuerdo que nos detuvimos a descansar en un

momento dado, estábamos exhaustos. Llevábamos casi un día caminando entre los lobos y con hambre y sed. Will sacó su cantimplora y nos tomamos unos momentos para admirar el río majestuoso. Se podían observar sus curvas y recodos que zigzagueaban y se perdían en el horizonte. Era precioso. Hasta que lo vi.

Al principio creí que era un tronco, por como flotaba y se movía. Cuando me acerqué casi me caigo al agua. Era un cuerpo. Llamé a Will de inmediato y me zambullí en su dirección. La corriente del río me llevó hacia él, por suerte. Lo complicado fue llegar a la orilla. Nunca nadé tanto en mi vida, me dolían tanto los brazos que por un momento pensé en soltar al hombre que tenía bajo el brazo.

Will me ayudó a subirlo y reanimarlo. Estuvimos quince minutos haciéndole respiración boca a boca. No hubo caso. En ese momento todo se fue al garete. Si bien la tensión de que hubiese un asesino serial dando vueltas por allí me ponía los pelos de punta no me esperaba algo así. Me senté apoyado a un árbol contemplando el cuerpo inerte de aquel hombre. Will inspeccionaba el otro lado del río con su Winchester.

- El hijo de puta no aparece – dijo.

Tuve que obligarme a levantarme y hacer mi trabajo. Estará en los registros y los papeles, pero aun así les daré mi lectura al respecto. Se encontraba frente a mí un hombre adulto, de treinta años más o menos, cabello corto oscuro, tez blanca. En ese momento calculé un metro ochenta y tal vez noventa kilos. Alrededor de su cuello había una fina línea de moratones que me dieron la causa de muerte. Estrangulamiento. Ese era el método del Desollador.

- Esta aquí, eso es seguro – comenté.

- Si no hacemos algo con el cadáver se lo comerán los lobos, muchacho.

Yo tanteé sus bolsillos y encontré su cartera, una navaja suiza, un paquete de Pall Mall, un mechero y un libro de bolsillo de H.G Wells todo mojado. Era un tipo que disfrutaba del bosque y su río, caminando y leyendo en su tranquilidad. Se llamaba Peter Wallace, tenía treinta dólares en su billetera, algunas monedas, un cupón de suscripción a la revista Reader 's Digest y una foto con lo que parecía ser su mujer y dos hijos.

Nunca tuve tanta rabia y ganas de atrapar a ese hijo de puta. Ahora que había visto la cara del horror reflejada en los ojos de la víctima tenía buenos motivos para poder matarlo si me daba la oportunidad. Y el tipo andaba cerca de nosotros.

Junto con Will improvisamos una manera de subir el cuerpo a una de las ramas de los árboles y atarlo con su misma chaqueta. Con suerte

sobreviviría hasta que lo volvamos a buscar. Abrí el mapa y marqué el punto donde se encontraría. En ese momento juré que volvería por él. No preví las condiciones en que lo hallaría.

Aún recuerdo la desazón que me embargó durante esos momentos previos. Will me preguntó si lo mejor sería volver. Sin duda alguna sería lo más apropiado, pero yo solo podía mirar hacia adelante y preguntarme donde se encontraría aquel monstruo. Además, estábamos demasiado dentro del bosque y los lobos demasiado cerca de nosotros como para atrevernos a volver sobre nuestros pasos. Ya habíamos llegado hasta aquel punto. Mi compañero no solo entendió mis razones, sino que compartía mis ganas de cazar al Desollador.

Estábamos cerca. La hondonada se encontraba a unos escasos trescientos metros o menos cuando me percaté de una idea.

- Will ¿los lobos no se habrán comido a la niña? – pregunté.

- Es posible – suspiró – Aunque no sé si se atreverán a descender la hondonada.

La expectación inundó el aire y mis ánimos. La noche ya caía sobre nosotros, los días eran cortos en invierno y el anochecer atraía consigo un frío gélido nunca antes visto por aquellos páramos. Mis dedos temblaban alrededor de la culata, podía sentir la sangre latiendo dentro de los mismos. Con cada respiración una densa nube de vapor se fundía con las nubes del cielo que se arremolinaban presagiando una intensa lluvia.

Caminábamos con cuidado. Alguna trampa o señuelo podía estar esperándonos. Quién sabe si aquel desgraciado se hallaba detrás de los árboles o las rocas con una soga para estrangularnos. No quería acabar muerto con mi piel arrancada. No nos atrevimos a separarnos con Will en ningún momento, hombro con hombro nos apoyábamos.

Entonces llegamos a la hondonada.

No sé si podría ser posible describir lo que me embargó al pisar sus bordes. La luna estaba llena, pero aun así era imposible para ella penetrar en aquellas profundidades. Era todo oscuridad. Algo dentro de mí me gritaba pidiendo que corriese. Confieso que estuve a punto de hacerlo. Solo la seguridad de mi camarada me salvó de la cobardía.

- Por aquí, chico – dijo Will.

Me guio por un sendero que descendía de súbito hacia el suelo hundido. Su profundidad era de casi cuatro metros. Al pisar firme en sus tierras húmedas miré hacia arriba y creí estar en una tumba. Por suerte no veía casi nada alrededor, sino estaba seguro de que me encontraría con más

de un animal muerto. En el caso de Will, él se topó con una persona. Habíamos dado con el objetivo.

La carne de la chica resaltaba en la oscuridad. Su rostro era irreconocible. Tendría al menos unos nueve o diez años, no más. Llevaba un vestido de tela bordado en celeste y blanco junto con unos zapatitos negros. La repulsión casi me hace vomitar sobre ella. A Will también le estaba costando trabajo mantener la compostura. Terminó por ceder ante el asco y le oí lanzar arcadas unos metros más allá.

Como siempre digo, yo tenía que hacer mi trabajo. La piel del cuello había sobrevivido, manteniéndose intacta para develar la causa de la muerte. El hombre no cambió de método. No había mucho más que ver. No traía pertenencias consigo en los bolsillos, salvo por un extraño bulto en su espalda. Era un sobre con sello lacrado. Lo abrí con mi navaja y no pude distinguir nada de su letra. Will seguía descompuesto. Yo subí con el papel en la mano y me puse bajo la luz de la luna. Nunca olvidaría sus palabras.

"Querido Detective Underwood, es un placer ver que ha llegado sano y salvo. Me sorprende que no lo hallan comido aún los lobos, siendo que los atraje tanto como pude. Es un hombre comprometido con su trabajo. Pero usted no es el protagonista de esta historia, no señor. Ni siquiera yo lo soy. Tal vez los recortes que se encuentran dentro del sobre le iluminen un poco. Vaya a verlos y luego siga leyendo esta carta"

Perplejo como estaba tomé el sobre y saqué de allí varios trozos de diarios y revistas. Una de ellas, pertenecientes a un medio local de Luisiana, decía lo siguiente:

Fugitivo escapa de las manos de la ley.

Los oficiales de la Policía Estatal de Luisiana han fracasado en su intento de capturar al padre de familia que secuestro y violó a su única nieta. Se cree que el hombre ha escapado las fronteras del estado y se ha refugiado en los estados limítrofes, como Mississippi, Texas o Arkansas. Se continúa la búsqueda tras el hombre con personalidad múltiple.

Personalidad múltiple. Esas eran las palabras claves. Me arrodillé para dejar todos los papeles en el suelo, mis manos temblaban demasiado y si no tomaba la carta con fuerza sería imposible leer.

"¿Y bien? ¿Cómo le sentó la noticia? Es de hace algunos años, pero no le sorprendería saber que nuestro protagonista sigue libre ¿Le consta? Pues bien, puedo decir fehacientemente que fue él quien realizó los últimos crímenes. Pero no quien escribe la carta. Voy a dejar que su brillante cerebro resuelva el resto del acertijo. Si mi reloj no me falla, ya debería

ser hora de que vaya a buscarme a la hondonada.”

Nunca he sido un hombre católico, aunque he ido a misa y he rezado en la comunión. Jamás deseé que Dios estuviese tanto de mi lado como aquella noche, en aquellos momentos en los que los aullidos de los lobos desgarraban la infinita oscuridad. Corrí tan rápido como pude. Lo juro. No fue suficiente como para ayudar a Will. Cuando llegué al borde del abismo, las bestias lo estaban devorando. Un disparo de su Winchester dio con una, pero el resto se regodeó en su festín.

Fueron segundos eternos y fugaces. No recuerdo mucho de esos instantes. Solo unas pocas imágenes me evocan a ese pasado; el estallido de mi Beretta, los lobos huyendo, el humo saliendo despavorido del cañón. El olor a pólvora no se me quitó de la nariz. Tampoco la sangre. A día de hoy sigo mirando debajo de mis botas para comprobar si siguen manchadas las suelas con aquel charco inmenso que era la sangre de Will. El hombre yacía con las tripas afuera, tan absorto en su propia muerte que apenas si atinó a mirarme cuando me acerqué a estrechar su mano. Estaba aún caliente. Incluso antes de su último aliento. Sus ojos brillaron cuando perdió toda fuerza. Reflejaban la luna llena sobre nosotros. Los lobos volvieron a aullar.

Pocos meses después, o sea, hace dos semanas, me enteré de la condición de Will. Se cree que el tipo tenía tres distintas personalidades, según lo que la doctora Lisa Palmer informó a las autoridades. Una era el Will que me acompañó en tamaña misión. Otra era el Desollador. El tercero se intuía que era una especie de mediador entre las actividades y deseos de ambos, una especie de administrador para las maldades que el Desollador perpetraba y para mantener a Will a salvo.

Me cuesta creer que estuve tanto tiempo al lado del enemigo. Sentí su hombro acompañante, la calidez de la fogata que ambos compartimos para sobrevivir aquella fatídica noche. Nadie sabe cómo fue capaz de idear su propia muerte. Nadie sabe quién fue el que echaba los cuerpos al río, como aquel pobre diablo que subimos al árbol. Se sigue investigando aquel cómplice detrás de las macabras víctimas del Desollador.

Todo lo que puedo asegurar, es que Will murió en paz. Él sabía el poder que tenía sobre el Desollador, por más de que no pudiese controlar sus acciones. Creo que fue plenamente consciente de lo sucedido. Creo que fue tan valiente como ningún hombre lo fue jamás.

Desde aquí, lo más profundo de mi corazón, te digo adiós, querido amigo.